

gais la medida de lo que es humano, un día quizá, descendiendo de las alturas á que aspirais, direis á vuestro turno; Yo conozco á los hombres, y te digo que Jesucristo no era un hombre.

Un día tambien gravará la Francia estas palabras sobre la tumba de su gran capitan, y brillarán allí con un esplendor mas inmortal que el sol de las Pirámides y de Austerlitz.

## CONFERENCIA

### TRIGÉSIMA OCTAVA. DEL PODER PÚBLICO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Sres.—Jesucristo nos ha dado su palabra de que era Dios: él ha probado la sinceridad de su palabra por su carácter: luego era Dios. Pero es esta toda la prueba de su divinidad? Sin duda, la palabra, es decir la afirmacion de sí mismo es la primera manifestacion de los seres dotados de inteligencia; sin duda, el carácter, es decir la espresion de sí mismo por la fisonomía moral, es la segunda manifestacion natural de los propios seres; pero esto es todo? no hay nada mas allá? Y aun cuando bastase esta demostracion para las relaciones vulgares que los hombres tienen entre sí, seria ella suficiente cuando se trata de las comunicaciones de Dios para con los hombres? No, evidentemente no. Porque en fin, es necesaria cierta penetracion para juzgar del carácter de una persona, se necesita tambien tiempo; en un día no se descubre por entero una fisonomía moral, y cuando Dios aparece, Sres., cuando hace tanto como venir al mundo, es manifesto que á la primera vez debe haber en su aparicion alguna cosa que escluya la duda, que escluya el debate, que escluya el tiempo, que es-

cluya aun la ciencia, alguna cosa que sea capaz de reconocerse por todos y al instante, alguna cosa, en una palabra, que sea el poder público de Dios y revele infaliblemente su presencia y su accion. Así como ecsiste para la soberanía temporal una espresion cierta de su magestad, así tambien debe haber para Dios un modo eminente y propio de él, por el cual, llegando á mostrarse, toda inteligencia, á menos de una rebeldía insensata, se doblegue y diga: él es. Cuál es este modo de manifestacion que yo he llamado el poder público de Dios? En qué consite? Jesucristo lo ha poseído? Cuáles son las objeciones á que da lugar y la respuesta que las destruye? Tal es, Sres., el vasto campo que vamos á recorrer el día de hoy.

Ningun ser puede manifestarse sino por los elementos que contiene en sí y que constituyen su naturaleza. Ahora, todo ser, sea el que fuere, no contiene sino tres elementos, la sustancia, la fuerza y la ley: la sustancia que es lo esencial del ser, la fuerza que es su actividad, la ley que es la medida de su accion. Si echamos una mirada sobre el último de los seres, sobre el ser tan próximo de la nada cuanto sea posible, encontraremos en él estos tres elementos. Así el átomo tiene una sustancia, una cosa que se sostiene, que se mueve, una cosa que no podemos analizar, pero que hemos llamado con un nombre misterioso, que quiere decir lo que está debajo y que sostiene todo lo que está encima. El átomo tiene una fuerza de resistencia: para quitarlo de su lugar se necesita un movimiento, por ligero que sea, y sin este movimiento él permanecerá allí. Tiene una fuerza de cohesion por la cual sus partes se mantienen juntas, una fuerza de afinidad por la que atrae hácia él otros átomos, porque esa es su vocacion, como la vuestra es engrandeceros. Tiene una fuerza pasiva por la cual recibe la luz, el calor y todos los fluidos de que su vida oscura, pero sábia y profunda, tiene necesidad. En fin, su sustancia y su fuerza están arregladas por una ley; él no está solo en el mundo, está ligado con otros seres, sufre influencias como se sufre la suya; tiene una medida en su accion, como los otros tienen una medida en su accion sobre él. Sustancia, fuerzas,

ley, todo esto está en un átomo y todo esto está en Dios que es el padre del átomo. Dios es la plenitud de la sustancia, la plenitud de la fuerza, la plenitud de la ley; él es la sustancia infinita, la fuerza absoluta, la ley eterna. Es aun mas que esto: es el centro de todas las sustancias, que él ha creado y que conserva: el centro de todas las fuerzas que parten de él y vuelven á él: el centro de todas las leyes, de las que es el principio, la sancion y la magestad.

Siendo así constituidos los seres desde el átomo hasta Dios, todo ser puede manifestarse triplemente, por su sustancia, por su fuerza ó por su ley. Por su sustancia: como los cuerpos aparecen á nuestra vista; por su fuerza: como el alma se revela á nosotros; por su ley: como los astros, aun invisibles, se hacen presentir por el astrónomo con ayuda del movimiento general que los gobierna, teniéndolos ó arrebatándolos lejos de nuestras miradas. Y por consiguiente Dios mismo puede manifestarse como sustancia, como fuerza y como ley, como centro de todas las sustancias, de todas las fuerzas y de todas las leyes. Porque si un átomo está en la posesion magnífica de revelarse, si desde el fondo de su polvo y de su nada, hiere nuestros ojos, entra en nuestras academias, solicita nuestros debates, agota durante siglos nuestra ciencia, cuanto mas tendrá Dios el derecho y el poder de mostrarse? Un ser que no se muestra es como si no existiese. Porque la vocacion de todos los seres, sin escepcion, es aparecer, figurar en un teatro y obrar, y así como no se obra sin manifestarse, así tambien manifestarse es vivir. Y si Dios es la vida, él no está evidentemente ocupado sino en una cosa, que es manifestarse, iluminar, conquistar, en una palabra, ser en todas partes lo que es, el rey de las sustancias, el rey de las fuerzas, el rey de las leyes.

Es verdad que al presente nos oculta su sustancia, pudiendo decir con el profeta: *Vos sois verdaderamente un Dios escondido* (1) Pero si no nos permite en la tierra la vision directa de

(1) Isaias. Cap. 45. ver. 15,

sí mismo, no es por impotencia ni por capricho, sino por consideracion á nuestra libertad y por el comercio que quiere mantener con nosotros. Si desde un principio hubiéramos visto su sustancia, el esplendor irresistible de esta manifestacion habria arrebatado á nuestra alma sus libres movimientos; ella habria adorado á Dios necesariamente, siendo así que la adoracion que Dios quiere y que tiene el derecho de querer, es una adoracion libre y de amor que salga de nuestro corazon y que enternezca el suyo. Era pues necesario que Dios se manifestase sin deslumbrarnos y sin hacernos esclavos de su belleza; era necesario, por decirlo así, que lo viésemos sin verlo, que estuviésemos ciertos de su presencia, sin ser oprimidos por ella, y por esto nos ha ocultado su sustancia dejándonos toda su luz, como el sol cuando aparece entre nublados que disminuyen su esplendor, quedando él siempre visible en medio del cielo.

Si la manifestacion de Dios por su sustancia habria sido demasiado fuerte para nuestra libertad, hay otro inconveniente en que no se manifestase sino por su ley. La ley de Dios es la verdad, es decir el conjunto de todas las relaciones necesarias y posibles, de todas las relaciones increadas y de todas las relaciones creadas. Revelándonos la verdad, se nos revela Dios mismo, pero bajo una forma que nos permite facilmente desconocerlo, porque separamos la verdad del fondo vivo que la sostiene, y porque hacemos de ella una especie de creacion y de ídolo de nuestro espíritu, ó bien aun porque no pudiendo en ciertos casos acatarla como el prodneto de nuestra inteligencia, la rechazamos como una cosa indiferente que nos ofende y nos engaña. No hay duda en que Dios puede elevar la verdad hasta la profecía, anunciando de lejos las relaciones que se establecerán con el trascurso del tiempo, entre cosas é imperios cuyo nombre no ecsiste todavia; mas la profecía necesita tiempo para cumplirse y verificarse; hasta el último momento ella queda suspensa en la historia como un sueño indigno de nuestra atencion, y si se refiere á acontecimientos demasiado cercanos pierde su fuerza perdiendo su anterioridad. Aun en el estado profético, la verdad no podria pues ser el signo instantá-

neo de la presencia divina: de esta suerte, mientras que la manifestacion de Dios por su sustancia seria demasiado absoluta, la que nos da de sí por su ley, es decir por la verdad, es demasiado débil para convencernos inmediatamente.

Resta á Dios la fuerza para revelarse con un esplendor que no dé ni un exeso de luz, ni una claridad demasiado escasa.

Mas la fuerza misma, Dios la posee y puede ejercerla en tres órdenes diferentes, en el orden físico, que contiene todos los reinos de la naturaleza, en el orden moral, que es el conjunto de las cosas del alma, en el orden social que comprende el alma y el cuerpo del hombre, colocados bajo las leyes de la unidad. Ahora, Dios ha aplicado visiblemente su fuerza por Jesucristo á los dos últimos órdenes, es decir al alma y á la sociedad, como lo hemos visto en nuestras conferencias anteriores, cuando tratamos de las virtudes reservadas á la accion de la doctrina católica, y de los efectos sociales producidos por esa misma doctrina, hija de Jesucristo. Sin embargo, este signo de divinidad no podia ser la aureola inmediata y repentina de Jesucristo, cuando apareciendo por la primera vez en medio de los hombres, tenia que presentarles sus credenciales á nombre del padre de quien se decia el único y augusto hijo. La conversion del alma, su elevacion á las mas inaccesibles virtudes exigen tiempo y la cooperacion del hombre mismo; la fundacion de una sociedad visible, dotada de los privilegios de la unidad, de la univesalidad, de la estabilidad, de la santidad, exige un tiempo mas grande todavia, y la cooperacion de una multitud innumerable de hombres diseminados en diversos tiempos y lugares. Dios no cria una sociedad de un dia para otro; no convierte una alma de un dia para otro; y cuando por ventura hace este último prodigio, el que ha sido el objeto de este mismo prodigio, el que tiene de él una íntima conviccion, no llega á ser de luego á luego una antorcha que alumbre al mundo con el espectáculo de su virtud. La obra misteriosa de Dios permanece invisible mucho tiempo: el escogido del Señor oculta como S. Pablo, la gracia divina en el seno del desierto, y aun cuando pa-

ra él se convirtiera el desterto mismo en la multitud, los hombres pasarian dias enteros al lado de aquella alma trasfigurada antes de reconocer en ella los signos de la regeneracion divina.

Qué modo eminente de manifestacion, Sres., le queda pues á Dios? Cuál será su tipo característico é inimitable? Cuál el relieve público de su fisonomia en el espacio y en el tiempo? Le queda su fuerza física, ó en otros términos, su soberanía sobre la naturaleza, soberanía que no encuentra en la materia y en el orden que son su teatro, ninguna libertad que respetar, y por consiguiente ninguna cooperacion que solicitar y aguardar, sino solamente una inmensa energía cuya submission instantánea anuncia el dueño del cielo y de la tierra á todo hombre que no teme encontrar á Dios. Lo peculiar de este acto soberano, es no exigir en el espectador ni estudios, ni ciencia, ni preparativo alguno que requiera tiempo ó esplicacion, sino solamente buena fé. Él es tan extraño á todos los procedimientos humanos, que produce á lo menos la confusion si no produce la conviccion, y que el rebelde no tiene mas que el silencio contra la exclamacion del hombre recto: *Digitus Dei est hic!* (1) Asi es que las lenguas humanas, órganos misteriosos de la verdad, han dado un nombre singular al acto por el cual Dios ejerce su soberanía sobre la naturaleza y manifiesta instantáneamente su presencia á los hombres; ellas lo han llamado *milagro*, es decir el acto admirable por excelencia, el acto que constituye el poder público de Dios.

Pero Jesucristo lleva sobre su frente este signo de la fuerza absoluta? Ha hecho milagros? Ha ejercido el poder público de Dios?

Un dia Juan Bautista manda á sus discípulos para preguntarle: *Eres tú el que debe venir ó bien será necesario que esperemos á otro?* Jesucristo les responde: *Id y anunciad á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muer-*

(1) Exodo. Cap. 8. ver. 19.

*tes resucitan, á los pobres es anunciado el Evangelio.* (1) Es decir que Jesucristo, aquel hombre en quien hemos reconocido el mas admirable carácter que haya señalado la historia, no teme dar por prueba de su mision y de su divinidad toda una serie de hechos milagrosos obrados por él. Y en efecto, de un extremo á otro de sus páginas, el Evangelio es un tejido de palabras sencillas que penetran hasta el fondo del alma y de palabras prodigiosas que trastornan la naturaleza hasta en sus fundamentos. En vano se quiere separarlas y ver dos obras en una sola obra, el Evangelio resiste este análisis que pretende extraer de su seno la sustancia moral con menosprecio de la sustancia milagrosa, arrebatar al taumaturgo el apoyo del sabio, y al sabio el apoyo del taumaturgo. Ambas se mantienen estrechamente unidas contra los sutiles esfuerzos de la incredulidad; la doctrina apoya el milagro, el milagro justifica la doctrina, y el Evangelio recorre el mundo con un carácter invencible de unidad que no sufre ni obtiene para Jesucristo sino un odio absoluto, ó una total adoracion.

Esta unidad, para quien reflexiona con algun cuidado, es por sí sola una demostracion. Con todo, pasmada la incedulidad de no poder dividir á Jesucristo, varia de medios y pregunta con ansiedad: Es pues cierto que Jesucristo ha dado vista á los ciegos, que ha hecho andar á los cojos, que ha vuelto la salud á los leprosos, el oido á los sordos y la vida á los muertos? Es verdad que ha obrado como Señor de la naturaleza, y que diariamente, á los ojos del pueblo, á la luz del sol, su dedo creador ha probado que una virtud divina residia en él? Será verdad todo esto? No hay una horribie mentira inger-tada en la sinceridad de aquella vida?

Señores, el Evangelio es de un tiempo histórico; es una historia. Lo milagros de Jesucristo han tenido su verificativo en las plazas públicas, á presencia de una multitud innumerable de hombres de diversas condiciones, delante de enemigos numerosos y encarnizados. Ellos eran la base de una ense-

(1) S. Lucas. Cap. 7. vers. 20 y 22.

ñanza que dividia todo un país, y que bien pronto dividió el universo. Si á pesar del carácter de veracidad que hace del Evangelio un libro á parte, sospechais de su testimonio, como si fuese la obra de los que creían en Jesucristo, no podeis, por una razon contraria, sospechar de las relaciones y de las impresiones de los que no creían en el nuevo maestro, y que perseguian en todo el mundo á sus discípulos, sus doctrinas y hasta su nombre. Un debate público se habia empeñado; un hombre se habia llamado Dios; él habia muerto por haberlo dicho; su nacion, dividida sobre su tumba, protestaba una parte contra su sangre, y la otra invocaba esa misma sangre derramada, que encontraba adoradores por todas partes. Habia en esto un interes supremo y una suprema publicidad. Ahora, la publicidad es un poder que estrecha á los enemigos de una causa á pronunciarse abiertamente, y á concurrir, mal de su grado, á la formacion auténtica de una historia que detestan y que querrian anonadar. Vano esfuerzo, la publicidad los oprime: es necesario que hablen, y que, aun calumniando, digan bastante claro la verdad para que ya no pueda perecer. Esto es, Señores, lo que salva la historia. No hay cosa en el mundo en que se ponga mas cuidado: los opresores de los pueblos y los opresores de Dios, en nada trabajan mas ardientemente como en impedir que exista la historia; apelan para sofocarla, al silencio de los cuatro vientos del cielo; encierran su victima en los muros estrechos y profundos de los calabozos; ponen al rededor cañones, lanzas, todos los aparatos del amago y del terror; mas la publicidad es mas fuerte que todo imperio; ella arrastra áun á los mismos que la execran tanto: ella los obliga á hablar; los cañones se desvian, las lanzas se abaten y la historia queda en pie!

Así ha pasado, Señores, la historia de los milagros de Jesucristo. Ha pasado por en medio de sus enemigos mismos, por en medio de los fariseos que habian crucificado á Jesucristo, por en medio de los racionalistas paganos que crucificaban su

memoria. Era necesario que los judíos decidieran, ante una publicidad que llenaba la tierra, se explicasen sobre la vida milagrosa de Jesucristo: era necesario que pronunciasen un sí ó un no, y el no, no han osado decirlo, porque nadie en el mundo, desde que él habla, puede proferir una mentira absoluta sobre hechos públicos. La mentira absoluta no es posible en el orden de la historia, como el error absoluto no es posible en el orden de la especulación. Los judíos han desnaturalizado los milagros de Jesucristo, no los han negado. Han escrito que Jesucristo se había robado en el templo el nombre incomunicable de Dios, y que con ayuda de este nombre soberano mandaba á la naturaleza. Esta explicación está consignada en los monumentos más serios de su tradición, y esto es todo lo que han podido contra la memoria acusadora de Jesucristo, contra esa sangre de que todo el universo les hacía cargo y les hace todavía. Mas qué otra cosa podían hacer? La publicidad domina á los hombres que han sido testigos de vista: ella se cambia en tradición sobre su tumba, y los persigue de edad en edad, de justicia en justicia, hasta su última posteridad.

Los racionalistas paganos han venido á su vez á comentar la historia de Jesucristo. Es verdad que no habían tenido parte en su suplicio, no era su sangre la que los horrorizaba; pero con su sangre había Jesucristo derramado por el mundo una verdad que anonadaba la razón de los sabios: podían los sabios perdonarle? Ellos, pues, tuvieron también que dar de su vida un texto crítico, y se sirvieron para apocarla, de todos los recursos que podían presentar las tradiciones y las discusiones de su tiempo. Qué han dicho de los milagros de Jesucristo? Qué dice de ellos Celso, Porfirio, Juliano, hombres por siempre ilustres por haber sido, desde los primeros siglos de la era cristiana, los heraldos del hijo de Dios en los oficios incomparables de la enemistad? Han negado que Jesucristo haya hecho obras maravillosas en apoyo de su doctrina? Ni ellos, ni los judíos lo han negado; solamente han hecho de él un hábil mágico. Porqué un mágico y no un sa-

bio? Qué necesidad había de tan estraña expresión? La historia existía, Señores, y se podían desnaturalizar los milagros de Jesucristo, pero no negarlos.

Queda pues sentado, por el testimonio mismo de los enemigos de Cristo, que su predicación ha sido acompañada de prodigios sobrehumanos. Mas no debemos separar estos motivos exteriores de fé, por graves que sean, del carácter íntimo del Evangelio y de Jesucristo. Todo se liga en un edificio, desde la base hasta la cima. Si Jesucristo ha sido de una naturaleza sincera, como lo hemos demostrado, de una naturaleza caracterizada con el rasgo de una superioridad divina, su sinceridad y su superioridad producen la confianza sobre sus milagros, como sobre las afirmaciones puras que ha hecho de sí. Si Jesucristo no ha mentado diciendo que era Dios, con más fuerte razón no ha mentado obrando como Dios. Porque es más vergonzoso, más contrario á la sinceridad obrar prestigios, es decir, (perdonadme la expresión, mas esta misma expresión por su fuerza, manifiesta el desprecio de la humanidad por los prestigios,) es más vergonzoso, digo, ser un juglar que ser un impostor. El impostor no emplea más de su palabra para engañar; el juglar agrega á ella viles manipulaciones destinadas á deslumbrar los ojos de espectadores ignorantes. Esto es mentira sobre mentira, indignidad sobre indignidad. Y por esto las lenguas humanas, hábiles para espresar el desprecio, han criado el odioso nombre de juglar para designar á todo hombre que tiene la audacia de llamar al prestigio en socorro de la impostura.

La superioridad de Jesucristo no es menos favorable á la realidad de sus milagros, que su sinceridad. Ningun hombre grave y profundo usará jamás de prestigios para apoyar una enseñanza doctrinal. Porque qué cosa es el prestigio? Es el empleo de una fuerza desconocida á la ciencia del tiempo en que se vive. Mas la ciencia no tarda en venir, ausente un momento, ella es inevitable en el curso de la humanidad; un

LIBRERIA A. FONSECA

dia se alza radiante y volviendo su luz investigadora sobre lo pasado, juzga de todo, pesa todo, examina todo, y mientras que da á las obras verdaderas del genio ó de la divinidad su última sancion, reduce á polvo las pueriles prácticas que habian sorprendido la buena fé de generaciones inespertas. Así es que nada grande se ha fundado en la tierra sobre el prestigio; toda obra de alguna fuerza y dignidad, aun cuando no esté del todo esenta de mentira, ha tomado en alguna cosa antigua y verdadera su porcion de solidez. Mahoma es de esto un memorable ejemplo. Autor de una revolucion religiosa en un pais que no estaba ilustrado por la ciencia, ha empleado para el triunfo de sus doctrinas, todos los medios humanos, fuera del prestigio, porque el prestigio no es un medio humano. Acabo de leer el Alcoran todo entero. A cada veinte páginas, Mahoma se propone la cuestion de los milagros; se objeta ó se le objeta que no los hace, ni una sola vez se atreve á decir que los ha hecho ó que los hará. Elude constantemente la cuestion: invoca á Abraham, á Moises, á todos los patriarcas, cita tal pasage de su vida en que Dios lo ha protegido, tal victoria que ha coronado sus armas y justificado su doctrina: afirma siempre que Dios es Dios y que Mahoma es su profeta: he aquí todo. Y no es una pequeña muestra de su habilidad y aun de su ingenio, ese desprecio del prestigio y la firmeza que manifiesta respecto de las ideas de providencia, y respecto de los recuerdos tradicionales.

Y quereis que Jesucristo, el autor del Evangelio, haya descendido á las mas viles imitaciones de la omnipotencia de Dios, que haya pasado el tiempo de su mision pública engañando á sus contemporáneos con simulacros tan vergonzosos como impotentes! Quereis que tan miserables arterías hayan producido la conquista de tantas convicciones, conquista la mas maravillosa que se haya operado en el género humano! Esto no es posible. El sentido comun habla tan alto, como la historia contra semejante suposicion. La vida pública de Jesucristo corresponde á su vida interior, y su vida interior confirma su vi-

da pública. Él se ha llamado Dios, él ha creido que es Dios, él ha obrado como Dios, y precisamente porque esta posicion es de una fuerza admirable, ha sido necesario tentar contra ella los últimos esfuerzos; la historia, como el buen sentido habla demasiado alto en favor de Jesucristo, y ha sido necesario recurrir á la metafisica y á la fisica para arrancarle, al menos, el cetro de los milagros. Veamos si se ha conseguido.

Se nos han dicho dos cosas. Primero: Jesucristo no ha hecho milagros, porque es imposible hacerlos. Segundo: importa poco que Jesucristo haya hecho milagros, porque todo el mundo puede hacerlos, todo el mundo los ha hecho, todo el mundo los hace.

Primeramente Jesucristo no ha hecho milagros, porque es imposible hacerlos. Y por qué? Porque la naturaleza está sometida á leyes generales que hacen de su cuerpo una armoniosa y perfecta unidad en que cada parte corresponde al todo, de manera que violada en un solo punto, pereceria toda entera á la vez. El órden, aunque se deriva de Dios, no es una cosa arbitraria que se puede destruir ó cambiar cuando se quiere: el órden escluye el desórden necesariamente, y ningun desórden mas grande podria concebirse en la naturaleza, como la accion soberana que tuviese la facultad de romper sus leyes y su constitucion. El milagro es imposible bajo estos dos puntos de vista: imposible como desórden: imposible porque una violacion parcial de la naturaleza seria el aniquilamiento de ella.

Es decir, Señores, que es imposible á Dios manifestarse por la accion única que anuncia pública é instantáneamente su presencia, por un acto de soberanía. Mientras que el último de los seres tiene derecho de hacerse conocer en el seno de la naturaleza por el ejercicio de la fuerza que le es propia; mientras que el grano de arena, llamado al crisol de un químico responde á sus interrogaciones por signos característicos que lo clasifican en los registros de la ciencia, á Dios solo le será prohibido el manifestar su fuerza en la me-